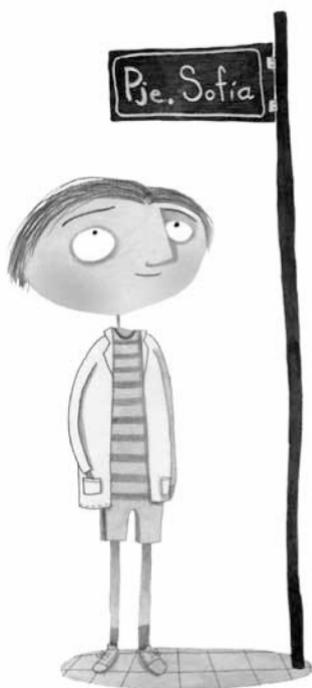


Te espero en Sofía

Diego Paszkowski

Ilustraciones: mEy!



loqueleg

TE ESPERO EN SOFÍA.

A Ivan y a Joaquín



“Sólo he tenido dos peleas en mi vida
y las he perdido las dos.
La verdad es que de duro no tengo mucho.
Si quieren que les diga la verdad, soy pacifista”.

J.D. Salinger
El guardián entre el centeno

LOS RECREOS

Yo tenía seis, siete, ocho, nueve, diez, once y luego doce años, y estudiaba en una escuela del barrio de Parque Chas, la Petronila Rodríguez, también llamada la “Petro”, doble jornada, desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde y con comedor en la misma escuela. Pero de lo que quiero hablarles es de los recreos.

Los recreos eran muchos, y siempre los esperábamos, ya que las clases no eran lo más divertido que nos podía pasar. Yo sé, porque lo pregunté, que ahora las clases son más entretenidas que antes, y además siempre depende de la maestra o el maestro que te toque, pero en mi época, hace como cien años (tal vez no tanto), lo mejor era que llegara el recreo, porque podíamos jugar a lo que quisiéramos...

Bueno, en realidad no era así: en mi escuela había un chico al que le decían Equis que siempre decidía a qué íbamos a jugar.

Equis no era ni el más grande, ni el más divertido, ni el más inteligente de nosotros. Parecía uno más, pero desde primero hasta séptimo grado fue considerado el “jefe” de los varones de mi grado. Muchos años después, ya de grande, hablé con varios de mis amigos y les pregunté si ellos, en la escuela, también tenían un “jefe”. Y no: muy pocos tenían algo así, casi ninguno, era una rareza.

10

Pero en esa época, hace doscientos años (tal vez no tanto), si Equis se levantaba con ganas de patear una pelota, todos teníamos que jugar al fútbol; si otro día se levantaba con ganas de correr, todos jugábamos a la mancha, o a las escondidas, o a la bolita, y así.

Nadie se preguntaba por qué no elegíamos entre todos.

Pero yo sí me lo pregunté.

Porque a mí eso no me gustaba. No me gustó ni en primero, ni en segundo, ni en tercero, ni en cuarto, ni en quinto, ni en sexto, pero solo en séptimo grado, antes de terminar la escuela, me propuse hacer algo al respecto.

2

RATONES Y ARDILLAS

Todo el mundo (bueno, todo el mundo no, pero sí todo el mundo en la escuela) daba por sentado que si Equis era el jefe era por algo, porque tal vez fuera el más inteligente, o el más fuerte, o el más simpático de nosotros. Pero yo sabía que no, porque el más simpático era Runo, y el más fuerte era sin dudas Coco, y el más inteligente era Lalo, que sacaba siempre las mejores notas.

11

En todo caso, todo el mundo (todo el mundo en la escuela) estaba seguro de que nadie podría ganarle una pelea a Equis.

Nadie se animaba a enfrentarlo.

Y yo me decía: “Si nadie se anima a enfrentarlo, ¿cómo podemos saber si Equis le ganaría una pelea a cualquiera, si hay que tenerle miedo, si hay que jugar a lo que quiere él?”.

Me preguntaba eso, y me respondía: “Nadie lo sabe, porque nadie se anima a enfrentarlo”.

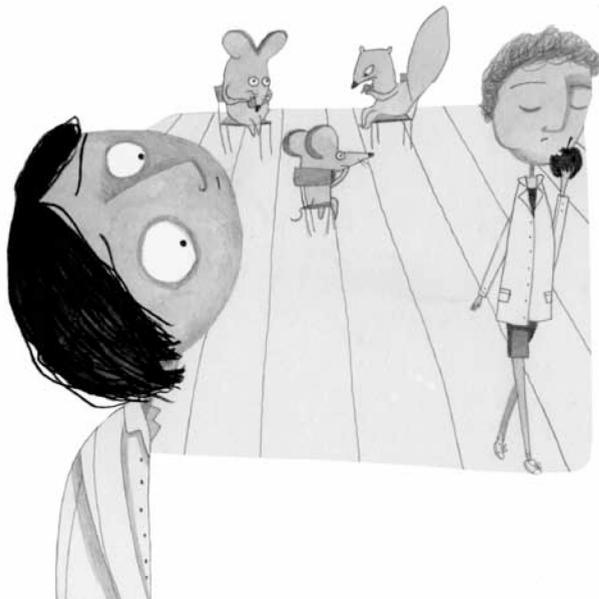
¿Y por qué pasaba eso?

¿Éramos ratones, acaso?

¿Éramos ardillas?

Me preguntaba eso, miraba a mis compañeros y lo que veía no era a mis compañeros, sino a un montón de ratones y de ardillas: ahí estaba Runo, mordisqueando el pancito que nos daban con el mate cocido del desayuno, y para mí era una ardilla; ahí estaba Coco, tan grandote, sacando del bolsillo de su delantal blanco las migajas que quedaban del alfajor que le había mandado su madre, y yo veía en él a un ratón.

“No somos ratones”, pensaba yo, “y no tenemos por qué jugar, en cada recreo de cada día, de cada año de nuestras vidas (bueno, no de nuestras vidas, pero sí al menos de nuestras vidas en la escuela), a lo que decida otro”.



3

LOS TRES GRUPOS

Los varones, en mi grado, nos dividíamos en tres grupos. Primero estaba Equis, con el subjefe Toti. Después estábamos los del medio, Coco, Runo, Cuchi, Facu, Lalo y Dody, es decir, yo. Y al fin estaban los otros, que no importaban mucho y eran los que recibían, en cada día y en cada recreo, las bromas más crueles: soportaban insultos, debían sentarse sobre chinches, tenían que mancharse los dedos con la tinta de sus propias lapiceras, descargadas por alguien entre las sombras.

Esos otros (no voy a dar sus nombres) tenían miedo a los del medio, es decir a nosotros (también a mí), pero nosotros les teníamos miedo a Toti y aún más a Equis, y así estaban las cosas en la escuela: los del medio nos aprovechábamos de los otros, pero al mismo tiempo teníamos que hacer lo que decía Equis, o su compañero Toti. Al jefe Equis y al subjefe Toti no los mandaba nadie,

salvo las maestras cuando los tenían que retar, y bien que los retaban. Así que lo que pasaba en la “Petro”, hace ya como trescientos años (okey, un poco menos), cuando yo hice la primaria, no era nada justo.

Y también estaban las chicas, pero ese es un capítulo aparte.